

La Conciencia Social ante las Dos Morales

R. A. Luna Victoria S. I.

Hace apenas unos días asistíamos a la charla de un obrero de la Hoac (Hermandad Obrera de Acción Católica). El resumen urgente de lo que nos dijo se puede encontrar en sus palabras finales: «Hoy en el mundo se enfrentan dos fuerzas. Una que es precisamente el fruto de una doctrina social. La otra, sin doctrina apenas, es capaz, sin embargo, de mover una industria gigantesca y de acumular mucho dinero. Pues bien: frente a esos dos enemigos equivocados no existe una tercera fuerza; no existe... Porque nuestra doctrina social católica es, desgraciadamente, todavía pura doctrina. No mueve, no actúa como una fuerza internacionalmente organizada y palpable. ¡Uds., para salvarnos, para salvar al mundo, tienen que hacer brotar fuerza social de esa doctrina!».

Este apremio sincero, angustioso, nos ha hecho pensar... Resta su generalización así, sin acotaciones, es preciso reconocer un amargo sedimento de verdad en esas palabras. Existen en realidad, regiones y pueblos de neta mayoría católica, que permiten indefinidamente vegetar en la miseria a toda una clase social. Porque miseria y no otra cosa es el carecer de *lo necesario* para vivir como persona humana. Miseria y no ya pobreza, que consiste más bien en carecer de *lo*

superfluo. Y todo esto continúa ocurriendo a más de 60 años de la «*Rerum Novarum*» (!) Parece, pues, que hay lugar a esta pregunta sincera: ¿Y es integralmente católica esa clase dirigente; esa clase responsable? O es que no existe una doctrina social que obligue a los católicos en la práctica?...

La «queja nuestra de cada día»

Ante la dura realidad paradójica de una doctrina social proclamada incluso por el Magisterio Supremo de la Iglesia (León XIII, Pío XI y Pío XII en sus célebres Encíclicas y en muchísimos documentos más), y la tenaz pervivencia de una situación dolorosa, es muy frecuente oír estas dos quejas: Una que culpa a la doctrina; otra que se descarga contra los hombres. La primera cree que

nuestra doctrina social no es suficientemente concreta en lo que enuncia. O que, al menos, no es susceptible de reducirse a la práctica; no es capaz de informar y de orientar de veras la vida económica de una nación. Pecaría, pues, de un incurable utopismo. Así unos.

Otros, quizá la mayoría, prefieren echar toda la culpa a la carencia de una «conciencia social» entre los católicos. Y por eso—dicen—no se les



puede obligar a practicar la doctrina pontificia. No están formados. ¡No hay por dónde cogerlos!...

Palabras solas, no; obras

El tremendo poder de seducción que posee el Comunismo proviene, principalmente, de estos tres factores: 1) De que promete un *bienestar social* concreto (abolición de toda propiedad de bienes productivos; pan y trabajo adecuado para todos; acabar con las guerras...) 2) De que es una *fuerza* real, en plena actividad vital (gobierno firme sobre un Estado poderoso, progreso técnico en auge, expansiones territoriales increíbles, planes quinquenales, quintacolumnas por todo el mundo...) 3) Y de que es también una *doctrina*, una doctrina más o menos estructurada, pero, sobre todo, atrocamente lógica consigo misma. Ante estos tres hechizos, muchos hombres de Occidente ya no creen en la sangre de las víctimas; disculpan a Siberia, y reniegan de la libertad individual a cambio del pan, el trabajo y la paz que se prometen.

Pero el Comunismo entraña, a más de otros, un gran fallo. Esencial; insuperable. Y es que hace la guerra a Dios. Pretende amputar la más rica dimensión humana, ahogando la fuerza más valiosa y más potente de nuestro psiquismo, contra la cual es inútil toda lucha. Porque nuestra «hambre de Dios» es como el rastro digital, inconfundible, en nuestro barro de creación... Ante ella, deben capitular todas las armas...

Si el Capitalismo se sostiene todavía, lo debe, más que nada, a su fuerza económica; pues la doctrina liberal en que se inspira es de armazón endeble. Y con una experiencia en contra, de más de 100 años. Aquí radica su peligro medular, insoslayable.

En cambio la doctrina social católica disfruta de una envidiable contextura filosófica y teológica. Ostenta en primer término, el sello del Magisterio eclesiástico. Valor que si externo, es de primera clase para todo católico. Pero además, es perfectamente capaz de explicitar sus fundamentos dogmáticos inmovibles (como sabemos que ya se hace en Alemania, v. gr., donde actualmente se elabora una Teología Social). A saber: la S. Escritura (S. Juan, S. Pablo y Santia-

go en primer lugar) y la Tradición (los Padres griegos, principalmente; y de los latinos, S. Agustín, S. Ambrosio, S. Gregorio M., Tertuliano...) Esto, naturalmente, además de todos los argumentos de Ética y Filosofía natural que le son comunes con una Sociología meramente científica. Ni es cierto que sus principales capítulos sean imprecisos o equívocos. Nuestra doctrina sobre el derecho de propiedad y su función esencialmente social; sobre el bien común; sobre el salario justo; sobre el trabajo, capital y empresa, en búsqueda de fórmulas superadoras del actual régimen salarial; sobre el Estado y su tutela; sobre la política de nacionalizaciones; sobre sindicatos y huelgas, etc., no tienen más imprecisiones que las ineludiblemente anejas a todo principio general. Bajar esas claras normas universales a la zona movediza de la vida, labor es de sociólogos, moralistas, educadores y políticos. Para lo cual es necesario, más que nada, el que exista una viva y auténtica «conciencia social».

La «conciencia social»

Ante todo, ¿qué se quiere decir con esta frase?

Porque no es infrecuente oír hablar de que falta, v. gr., una «conciencia profesional»; o de que es menester inculcar en los niños una clara «conciencia del deber»; o de que está tomando contornos alarmantes la «conciencia de clase»; o de que en la región Z o en el país X hay anemia de «conciencia religiosa». ¿Qué hay, pues, debajo de esta frase hecha?

Si hurgamos un poco en la íntima entraña del vocablo, nos encontraremos con dos elementos primordiales: uno cognoscitivo; volitivo el otro. El integrante cognoscitivo viene a equivaler a un «caer en la cuenta» de algo. Mientras que el elemento volitivo está representado por una actitud ética en auténtica consecuencia con esa primera tarea de «caer en la cuenta de». Y así diríamos que un médico, p. e., tiene «conciencia profesional», cuando ha caído en la cuenta de la serie peculiarísima de relaciones morales que emanan de su carácter profesional, y procura modelarse una conducta consecuente con su estado.

La «conciencia social» de los católicos tendrá, según esto, que contar necesariamente con ese doble ingrediente. De manera que debe comenzar por un hondo y cabal «caer en la cuenta» de las enseñanzas sociales de la Iglesia, en toda su bella amplitud. No sólo mezquinamente restringidas a la cuestión obrero-patronal; y menos, mucho menos, al puro aspecto económico de ese grave problema. Sino más bien, situándose en el marco ancho y sobrenatural del Cuerpo Místico de Cristo, llegar a convencerse profundamente de que todo cristiano tiene la *obligación religiosa* de ser un bienhechor social, así como de observar ciertas normas sagradas de convivencia, indispensables para que pueda la sociedad lograr el fin esencial de su institución divina: El procurar la mayor cantidad posible de bienes al mayor número posible de miembros (o sea, el bien común).

Del dicho al hecho...

La actividad volitiva que derivaría entonces de una asimilación teórica semejante, sería, naturalmente, el buscar con empeño los medios de llevarla a la práctica,

Y sin embargo, ya vimos que las cosas no marchan así. Porque, en efecto, no existe todavía una vigorosa «conciencia social». ¿Por qué acontece esto?..

Ideas que triunfan

Hay ideas preferentemente abstractas; ideas que parecen fabricadas ex profeso para flotar ingravidas por las altas regiones de la especulación pura. Y hay otras, en cambio, que vienen al mundo lastradas de pragmatismo, con perenne apetito de «encarnación».

Clima indispensable para la vida duradera de las primeras es la evidencia más o menos inmediata, innegable, que posean. La introducción del concepto de «ser» por Parménides; el hilemorfismo como sistema, de Aristóteles, o el principio de analogía, pertenecen a esa dinastía vencedora. Y no, p. e., la teoría de las mónadas, de Leibnitz; o la «natura naturans» de Spinoza.

Pero las ideas «motoras» son de otra complejión. Ellas se nutren más que de evidencia estrictamente lógica, de un carácter concreto, ajustado y preciso. Ejemplos: El triple

*«Mas para asegurar estas reformas [sociales] es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad, «que es vínculo de perfección» (Colos 3¹⁴) ¡Cómo se engañan los reformadores incautos que desprecian soberbiamente la ley de la caridad, porque sólo se cuidan de hacer observar la justicia conmutativa! Ciertamente la caridad no debe considerarse como una sustitución de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero, aun suponiendo que cada uno de los hombres obtuviera todo aquello a que tiene derecho, siempre queda a la caridad un campo dilatadísimo... [Porque] todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la **colaboración social**, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual, que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la misma experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten inti-*

lema de la R. Francesa: «Libertad, igualdad y fraternidad para todos los hombres». O el «Proletarios del mundo, uníos, porque estáis siendo explotados», de Marx, con su correspondiente plan de abolición de toda propiedad.

Pero además de esta superficie fácil y propagandística, las ideas prácticas necesitan evidentemente una poderosa motivación. Es decir, que se hallen fuertemente respaldadas por circunstancias reales y concretas (absolutismo regio; patentes abusos del capitalismo...), de modo que estas circunstancias sirvan como enérgico pábulo que incite constantemente a la acción. Y por último, toda idea pragmática debe poseer una gran capacidad de interesar vitalmente a individuos bien dotados, capaces de hacerlas encarnar en hechos históricos.

Ahora repitámonos la pregunta: ¿Por qué no existe una «conciencia social» entre los católicos? Examinemos. Nuestro programa social es indudablemente ambicioso y concreto en sus líneas teóricas generales. No está aquí nuestro fallo. Ni tampoco es por falta de motivación: Ya hemos visto cómo nuestra doctrina se encuentra refrendada

por una tremenda realidad de egoísmo, miseria y vergüenza.

Pero nuestra doctrina social; tal como suele presentarse, ¿tiene aptitud para *interesar vitalmente* a los hombres capaces de transformarla en energía social irradiante? Veamos.

Los únicos hombres capaces de formar la «conciencia social» católica (moralistas, pensadores, educadores...) suelen pertenecer por derecho o *por adopción* a una clase más bien burguesa. Y cuando ocurre algún caso contrario, entonces interviene, generalmente, una fuerte corriente de ascetismo y resignación, erróneamente aplicados a la colectividad, o bien cierto pesimismo hacia todo lo de este mundo, que suelen actuar como un freno reductor de toda actividad social organizadora, entusiasta. Ni unos ni otros se sienten *vitalmente interesados* en mejorar colectivamente la sociedad en que viven. Les falta motivación personal. La humana, por su posición social o por su virtud cristiana. ¿Y la sobrenatural? ¿No tiene el Catolicismo un incentivo espiritual que empuje incontinentemente a sus hijos a una acción social profunda, organizada, transfor-

mamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo Padre celestial; más aún, un sólo cuerpo en Cristo, «siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros» (Rom 12⁵); por donde «si un miembro padece, todos los miembros se compadecen» (1 Cor 12²⁶). Entonces los ricos y demás directores cambiarán su indiferencia habitual hacia los hermanos más pobres en un amor solícito y activo, recibirán con corazón abierto sus peticiones justas y perdonarán de corazón sus posibles culpas y errores. Por su parte, los obreros depondrán ese sentimiento de odio y envidia... y aceptarán el puesto que les ha señalado la Divina Providencia en la sociedad... persuadidos de que colaboran útil y honrosamente al bien común... y que siguen así de cerca las huellas de Aquel que siendo Dios quiso ser obrero entre los hombres, y aparecer como hijo de obreros».

Pío XI, «Quadragesimo Anno» n.º 56

madora de la sociedad «*desde sus cimientos*», como ha dicho Pío XII? Procuremos dar un paso más en dirección a la causa escondida de esta deficiencia.

¿Es que hay dos Morales?

Es probable que una buena parte de culpa en este grave asunto social, haya que atribuirlo a que muchos católicos legitimamos; al menos de hecho, la existencia de una doble Moral. Una Moral social, con cierta mirada colectiva, reducida a hacer la «caridad» (así, entre comillas); y esto buenamente, nada más; de supererogación, sin mayores urgencias. Y otra Moral individualista, sin apenas nada que ver con la primera, en que reducimos la Religión al negocio de procurar *mi* salvación, cuidando de conservar más o menos decentemente *mis* relaciones con Dios: oír Misa, no jurar, no blasfemar. Además, como para salvarnos tenemos que estar siempre en gracia, concebimos la gracia como un don de matiz casi exclusivamente individual y que podemos mantener en propiedad privada con sólo guardar la parte negativa de la Ley de Dios; no robando, no fornicando, no mintiendo, no matando, no calumniando... en una palabra: *no haciendo*. Es decir, que nos venimos a situar, prácticamente al menos, a muy poca distancia de la postura antisocial de los protestantes que hacen caso omiso de las obras para obtener la salvación, convirtiéndola en un negocio enteramente individualista. Nosotros no decimos tanto, desde luego: pero despojamos bonitamente a la Moral Católica de su aspecto más valioso, *el social, positivo y fecundo*, que exige se *hagan* obras sociales para salvarnos, y la reducimos a la negativa y raquítica mezquindad de *no hacer* obras malas sociales, para conservarnos en gracia. Y ¿dónde quedan mis prójimos? Pues en el *no hacerles* ningún daño, y en rezar alguna que otra vez por ellos. Eso, y alguna limosna para acallar la conciencia.

¿Dónde ha quedado aquí el Mandamiento Nuevo; el Mandamiento que Jesús quiso llamar *suyo*? Aquel Mandamiento-insignia de todo buen cristiano, y como «santo y seña» para reconocer a los *verdaderos discípulos* de Cristo? (Jn 13³⁵) Mandato que Él mismo

estableció como criterio *teológico* de *credibilidad* al decir: «Padre, que permanezcan siempre unidos, para que el mundo *crea en Mí*» (Jn 17²¹). Más aún. Que llegó a colocar como una señal superior al mismo poder de hacer milagros, en orden a probar la autenticidad de sus apóstoles: «Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor! ¡Señor! ¿No hemos nosotros profetizado en tu nombre, y lanzado demonios y hecho milagros en tu nombre? Pero Yo les responderé: Jamás os he *conocido*...» Y esto ¿por qué? «Porque no todo el que me dice ¡Señor!, ¡Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que *hace la voluntad* de Mi Padre (Mt 7²¹⁻³).

No puede, pues, haber una Moral Católica individualista, sin amor *positivo* al prójimo. Ni puede, tampoco, haber amor al prójimo sin *obras* positivas (Cf 1 Jn toda entera; en concreto 3¹⁶⁻¹⁸; también Mt 22⁴⁰...) Luego no existe más que una Moral Católica. ¡Y esta es plenamente Social!

La Caridad contra la Justicia (1 Jn 3^{4.10})

Fruto; asimismo, de la interpretación individualista de la Moral es esa casi oposición que se suele introducir entre la justicia y la caridad. Pero cabe preguntar: ¿No tiene que ser *racional*, ordenada, nuestra caridad? Pues entonces parece obvio que tengamos que hacernos esta sencilla consideración:

Si es obligación moral, que nos atañe, el socorrer al prójimo que sufre una grave necesidad; cuando esa necesidad es producida por una flagrante injusticia que se le infiere a nuestro hermano, parece evidente que nuestra primera obligación ha de recurrir *principalmente* a remediar esa *injusticia*. Esta será la mejor caridad, un «obsequio racional» a Dios en nuestro hermano. Así nos lo tiene ordenado el mismo Jesucristo en S. Mateo (7¹²): «Haz a otro lo que quieras que él haga contigo: aquí está encerrada toda la Ley...». Alguien ha escrito que con solas estas palabras se revela Cristo como un genio de la Moral — dominio éste que, por lo demás, parece enteramente vedado a las genialidades — sintelizando en fórmula sublime toda la múltiple variedad de nuestras

relaciones humanas. Efectivamente, no puede hallarse fórmula más cargada de contenido social, y de más segura aplicación al mismo tiempo. No se trata más que de colocarse uno *sinceramente* en el puesto del prójimo y aplicarse la ley. El día final Dios Juez no podrá tener otra medida para juzgarnos: «Venid benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino... porque *tuve* hambre y *me* disteis de comer...» (Mt 25³⁴⁻⁴⁰) Y así, p. e., cuando vemos a un hermano nuestro que quiere y *puede* trabajar, andar necesitado de limosna, no tenemos sino que situarnos en su lugar y preguntarnos: «Yo en vez de él, ¿cómo desearía ser tratado ahora? ¿No desearía encontrar quien procurase hacerme justicia?». Luego yo tengo *obligación* de tomar la actitud consecuente que Jesús mismo me tiene ordenada. De este modo nuestra mejor obra de caridad, nuestra mayor limosna consistirá en tratar de conseguir que nuestro hermano no necesite de li-

mosna. Porque el poner todos los medios para lograr que se cumpla «toda justicia» es nuestra primera y más urgente obra de caridad. Y es que *la caridad, es la justicia del cristiano*.

De esta forma la caridad de la limosna material se ejercitará únicamente con los inadaptados sociales y con los inválidos. Para todos los demás, que se encuentran en condiciones normales de trabajo, un reparto más *justo* de los bienes materiales hará que esté de sobra la *humillación* que para ellos, *hombres útiles*, representa la limosna.

Así, en toda verdadera sociedad católica se cumplirían aquellas conmovedoras palabras del Prefacio de Cristo Rey: donde habita Jesús, allí reina necesariamente «la justicia, el amor y la paz».

Dejamos para otra oportunidad el esbozar un Plan de Formación Social que contribuya a crear entre nosotros una vigorosa y eficaz «conciencia social».



Clemente de Alejandría

Tito Flavio Clemente. Hijo de Padres paganos, vivió en la segunda mitad del siglo II y murió en los primeros años del III. Fino ateniense formado en un cabal conocimiento de los grandes clásicos griegos, sobre todo de Platón. Curioso buscador de la Verdad. Viajó por Italia, Siria, Palestina y Egipto. Un día apareció a sus ojos una gnosís superior y, abandonando las filosofías que antes le habían deslumbrado sin llenarle, se entrega a la sabiduría cristiana que ha descubierto. Es una inquietadora experiencia vital la que aparece a través de las páginas de este eximio artista de la palabra, que ha sido llamado «el primer humanista cristiano».

Aunque no fundador, fué ciertamente el más alto impulsor del Didascaleo de Alejandría, la célebre academia que había de llegar al apogeo con su discípulo Orígenes.

Su obra—integrada por la trilogía del Protréptico o Exhortación a los Griegos, el Pedagogo y los Tapices o Stromata—es el primer esfuerzo serio por armonizar el contenido de la Fe con la Filosofía, uniendo revelación y legado apostólico con la sabiduría helénica.